

Históricas Digital

“La iniciación de una gran vida”

p. 5-16

Martín Quirarte

Carlos Pereyra. Caballero Andante de la Historia

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1952

214 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/026/Carlos_Pereyra.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA INICIACION DE UNA GRAN VIDA

Don Miguel Pereyra Bosque es padre de una familia compuesta de tres hijos: Carlos, Miguel y Josefina. Pero es un hombre de condición económica modesta, ¿podrá dar a sus hijos una educación tal que los haga personajes de primera importancia? *

Nadie sabe en el mundo su destino. Creemos nacer para una cosa y la vida nos lleva por rutas que no sospechábamos. A veces nuestras ambiciones se ven sobrepujadas y en otras ocasiones el tiempo convierte en irrealizables nuestros más caros anhelos.

¿Pudo haber pensado siquiera don Miguel Pereyra padre, el espléndido porvenir que le tocaba vivir a su hijo Carlos? Y éste en sus primeros ensueños de poeta, ¿podía creer que un día su disciplina de sociólogo cortaría las alas de su fantasía, para hacer de él uno de los más grandes historiadores de nuestra época? Lo que indudablemente sabía don Miguel, era que en México como en el resto del mundo de habla española, un hijo del pueblo podía escalar el poder supremo, ser el mejor poeta, el más grande historiador o el más insigne educacionista.

Un indio de raza pura, Benito Juárez, al nacer Carlos era presidente de México. Otro indígena que se llamaba Ignacio Manuel Altamirano dirigía hacia esa misma época uno de los movimientos literarios más importantes que haya sentido el país. En Argentina un plebeyo como Domingo Faustino Sarmiento, después de haber sido el más brillante pedagogo de su país, subía al primer rango político de su Patria.

* Don Carlos Pereyra nació en Saltillo, Estado de Coahuila, el 3 de noviembre de 1871. Fueron sus padres don Manuel Pereyra Bosque y doña María de Jesús Gómez Méndez.



P R I M E R O S V U E L O S

Que don Miguel Pereyra hiciese estudiar a sus hijos era lo importante, lo demás lo diría el tiempo.

Don Carlos fué educado primeramente en un colegio de jesuitas. El Ateneo Fuente de Saltillo lo hizo más tarde bachiller. Finalmente la Escuela de Jurisprudencia le dió el grado de licenciado en derecho.

Habiendo hecho su educación en su patria, Pereyra tenía que recibir el influjo de aquella cultura positivista y afrancesada, que Justo Sierra representaba como su máximo exponente. Por otra parte, el antiespañolismo se respiraba en el ambiente, pero ya se intentaba en lo espiritual y lo literario un acercamiento a España, y precisa confesarlo que en este aspecto de reivindicación de lo hispano, don Justo fué uno de los más nobles y desinteresados paladines.

¿Cómo fué la existencia de don Carlos como estudiante y como escolar? Hay pocos datos al respecto. El autor de estas líneas deplora no haber ahondado lo suficiente sobre esta etapa de la vida de don Carlos, como se lamenta también de no haber podido hacer un trabajo más extenso y profundo sobre el tema que aborda. Hay por otra parte en la vida de Pereyra algo que lo singulariza; jamás le gustó hacer ostentación de su yo, con una gran modestia pocas veces habló de él mismo. Podrían aplicarse a su conducta las mismas palabras que el propio Pereyra usó para definir la vida de Humboldt: “no nos aplastó con su grandeza, tuvo el supremo buen gusto de pasar por la vida sin solemnidad”.¹ Si hubiera escrito un diario qué preciosa documentación se tendría para juzgar mejor su vida.

¿Habría en la existencia del estudiante inmenso drama? Posiblemente no. Naturaleza enérgica, voluntad de acero nervios fácilmente conmovibles; parece que todo esto se aglomeraba lenta y tenazmente para producir futuras ebulliciones intelectuales.

¹ Carlos Pereyra, Humboldt en América, pág. 11.



INICIACION DE UNA GRAN VIDA

Pero la historia provinciana recuerda un hecho. Hubo un tiempo en que un gobernador de Coahuila que se llamó *José María Garza Galán* consumió grandes atropellos. La juventud estudiosa se puso en movimiento para pedir al gobierno federal la deposición del funcionario. Pereyra formó parte del estudiantado rebelde y junto a él estaba un hombre que años más tarde tendría gran resonancia nacional: don Venustiano Carranza.

Una vez caído Garza Galán, parece que Pereyra no toma parte activa en la política de su estado natal.

Pasan algunos años y lo vemos en México graduarse como abogado. Pero no piensa en que su formación cultural es completa. Los esfuerzos que hizo por superarse fueron considerables. Ese hombre que empieza a reunir con gran tesón los elementos con los cuales construiría sus futuras obras históricas, ¿no ha tenido los sanos entretenimientos de una vida romántica? Me pregunto si nuestro caballero andante allá en el hondón de su ser no tendría un espacio para una Dulcinea. Es un joven de 27 años que se compromete con tareas que hasta por hombres en plena madurez no serían cumplidas. ¿Tendrá tiempo para enamorar mujeres como lo hacen los jóvenes de su edad? Indudablemente no, pero su corazón está profundamente enamorado. Sí, él tiene su Dulcinea del Toboso, pero no es “una moza labradora” como diría Cervantes, refiriéndose a la inspiradora de don Alonso Quijano el Bueno. El Quijote moderno ha fijado su mirada amorosa en una mujer que será una de las glorias literarias más notables de México y de América, dotada de una sensibilidad estética que la llevaba a adorar la música con la misma intensidad que la poesía.

Aquel prodigio de feminidad se llamaba María Enriqueta Camarillo.

Don Carlos y doña María Enriqueta eran vecinos. Pereyra prestaba los libros a la mujer de sus ensueños, pero sus labios no se abrían, no pronunciaban un “yo te amo”. La doncella tenía un novio que consideraba una encarnación de Otelo,



P R I M E R O S V U E L O S

cuyos celos le producían disgustos aun cuando ella no daba motivo para que los tuviera. Pero un día aquella situación se transformó. Don Carlos pidió al padre de doña María Enriqueta la mano de su hija, siempre y cuando la joven aceptara en ser su esposa. La doncella no vaciló en decidir el destino de su vida. Dejó a su Otelo con su desesperación, sus celos y su despecho.

Don Carlos, naturaleza enérgica, volcán de pasiones, y carácter inconforme ¿podría avenirse con el temperamento seráfico y el candor de doña María Enriqueta? La gran poetisa veracruzana no se puso a dialogar con su razón, sino a platicar con el sentimiento, y precisa confesar que no se equivocó en su decisión. Aquel matrimonio ejemplar vivió 44 años, venciendo mil adversidades y sufriendo en muchas ocasiones toda clase de privaciones. ¿Cuántas veces el carácter dulce de doña María Enriqueta calmaría los arrebatos de ira de don Carlos?

Para las grandes tareas es preciso unas veces renunciar al matrimonio como lo hizo Humboldt. Hay hombres que no habiendo aceptado el celibato eterno descuidan su hogar, subordinando sus deberes de familia al imperativo supremo de su conciencia, como lo hizo Martí. Otros, que no son menos excelsos, a pesar de sus obligaciones de familia, porque tienen una mujer excepcional que lejos de impedirles cumplir con un deber supremo, los empujan y los siguen, aun en los momentos más dramáticos de su vida; son así capaces de realizar tareas gigantescas. A estos últimos perteneció Pereyra, por eso su gloria está íntimamente ligada al recuerdo de esa mujer ejemplar.

Tal era el sencillo drama amoroso que se enseñoreaba de una parte de su alma. No de todo su ser, porque éste iba a consagrarse a preocupaciones altísimas, más allá de sus satisfacciones puramente personales.

Una de esas obsesiones era la dedicación al estudio de la historia, que lo hacía pensar que cuando expresara su men-



INICIACION DE UNA GRAN VIDA

saje produciría una gran revolución espiritual. Era un revisionista, que intentaría desde sus primeros vuelos, emanciparse de la corriente histórica aceptada por la generalidad.

UN PROVINCIANO UNIVERSAL

¿Cuál fué la obra príncipe de Pereyra? El primer ensayo salido de su pluma, para don Artemio de Valle Arizpe es la *Historia de Coahuila*. Este trabajo, del cual en nuestro tiempo sólo se conservan fragmentos (inéditos aún), fué rescatado de una total destrucción por las manos piadosas del Sr. Valle Arizpe.

Revisando papeles pertenecientes a un familiar de Pereyra, don Artemio encontró cuartillas de la historia de don Carlos en notable descuido, además de incompletas. Procedió a transcribirlas del original, y una copia de esta transcripción pasó a poder de don Vito Alessio Robles. De esta última hice yo a mi vez otra copia, que conservo en mi poder. Es necesario advertir que el propio Pereyra, jamás negó la paternidad de la obra.

Don Vito Alessio Robles y don Artemio de Valle Arizpe, no están de acuerdo en la fecha en que tal obra se produjo. Mientras el primero fija el año de 1906, casi como incontrovertible, don Artemio sostiene que la escribió hacia 1898. De ser cierta la fecha que dice don Artemio, quedaría comprobado que la *Historia de Coahuila* es la primera obra que escribió D. Carlos.

Conviene situar el trabajo de Pereyra, dentro de la bibliografía histórica de las Provincias Internas, en el lugar que le corresponde por su calidad. La historia de Coahuila, como todas las historias de los Estados del norte de México, apenas si está tratada. Podría decirse que son tres las obras históricas escritas sobre Coahuila. La primera es más bien una crónica escrito por el P. Fuentes.²

² Inédita aún.



P R I M E R O S V U E L O S

La segunda fué hecha por Pereyra, y es, con todas las deficiencias que pueda tener, una obra solidísima por lo que se refiere a los puntos de vista sociológicos que contiene. Don Vito Alessio Robles, mira en ella la mejor obra salida de la pluma de Pereyra, acaso seducido por los espléndidos pasajes líricos de esta historia y tal vez ofuscado por el prejuicio provinciano. Sin embargo, señala que allí campea más el poeta que el historiador. La apreciación es un tanto injusta, porque la severidad histórica no quedó subordinada en favor de la poesía. Y no podía quedarlo, era un rasgo distintivo de Pereyra el inmolarse a veces la belleza literaria en aras de la erudición histórica. Defecto o virtud, fué un hábito que no lo abandonó nunca.

Pero dando a don Vito el elogio que merece, por su noble dedicación al servicio de la historia del Norte, y de una manera muy especial a la de Coahuila y Texas, hay que reconocer que lo publicado por él, es lo más sólido que se haya escrito hasta nuestros días sobre ese tema.

Precisa sin embargo mirar con más análisis el asunto. Don Carlos Pereyra incurrió en errores no sólo de detalle, sino de concepto gravísimos, en esta obra. Hay que tomar en cuenta que tal trabajo, fué probablemente fruto de un año de investigación y hecho en plena juventud. La *Historia de Coahuila* de don Vito Alessio Robles, es culminación de unos treinta años de continua investigación. Don Vito, sugestionado poderosamente por el lirismo pereirista, escoge y transcribe en sus libros, algunas de las páginas más arrebatadoras de esta obra inédita. Pero no sólo esto, sino que la poderosa vena crítica de Pereyra, influye de una manera ostensible y a veces inconsciente en sus apreciaciones históricas. Es claro que esta influencia está plenamente justificada. Hay juicios críticos de Pereyra en esa historia, que son de una fineza tal que no desmerecen de los emitidos en los momentos más acertados de su madurez intelectual.



INICIACION DE UNA GRAN VIDA

Dominado entonces Pereyra por hondos prejuicios antiespañoles no reniega sin embargo de Cortés, no rebaja sus méritos de gran Capitán.

Resulta el extremeño autor de una proeza “inimitable aun para el mismo Cortés... Sin embargo él, como sus secuaces no se mueven por una insana y pueril pasión de aventura... Su movilidad tenía una causa, su inquietud un fondo inmutable y serio, Cortés, como él sus compañeros, no era un fantaseador. Bordaba en un cañamazo de tosca trama con hilo recio aunque de oro. No daba puntadas en falso, porque una conquista no se hace con el espíritu ausente de los soñadores”.

Desde entonces queda trazado el perfil del caudillo español que entregara un mundo a Carlos V, y que en cambio de ese mundo que gana con la punta de su espada, no recibe una recompensa equitativa: “porque (Cortés) pobre, desconocido y condenado como desleal, hizo al primer monarca de su siglo un presente digno de él... Sin embargo muere pobre para su rango”.

Frente al virrey de Mendoza resulta injusto Pereyra. Lo presenta como el hombre que olvida “sus oficinas, sus expedientes y sus responsabilidades, para correr hacia los desiertos y capitanear nuevas conquistas”. Yo no pretendo hacer del virrey un santo, pero la estela que deja Mendoza en su gobierno, es uno de los mayores claros en la Historia de México colonial. Años más tarde, Pereyra mismo rectificará su juicio sobre Mendoza.

Ya desde este tiempo no es el historiador saltillense un hombre que se encierra dentro de un marco de provinciano. Por su “Historia de Coahuila” desfilan Magallanes, Elcano, Coronado, Narváez, Pizarro, Cortés. Los hombres marchan a través de las soledades del Pacífico dando la vuelta a la esfera terrestre, o en busca de un paso que comunicara el mar del Norte con el mar del Sur. Por el Golfo de México las naves atraviesan arrogantes. Una expedición trágica dirigida por Narváez, tiene como epílogo la travesía de un continente.



P R I M E R O S V U E L O S

Consecuencia de esta travesía: la leyenda de las siete ciudades. Las expediciones se multiplican a porfía, en busca de la Quivira, en busca de la Cibola. Luego se desvanece la leyenda... Toda la emoción de aquellos aventureros, todo el esplendor de sus proezas, pasan magistralmente pintados por su pluma. Allí se encuentra en germen el futuro americanista, el hombre que no habrá de concretarse al puro estudio de un país, sino que proyectará su investigación por todos los ángulos del cuadro americano.

Severo como es para Nuño de Guzmán y su séquito, el retrato que de ellos hace es de una gran exactitud:

“El rapaz y cruel Nuño de Guzmán salió de México a la Nueva Galicia, se fueron con él, ciento cincuenta individuos, que descontentos de las leyes puestas en vigor para contener el lujo excesivo en el vestir, formaban la mejor materia prima de aquella tropa de bandoleros que tan magistralmente desarrollaron las artes del robo y del asesinato contra blancos e indígenas”.

Emparentándose espiritual y estéticamente con Justo Sierra, piensa que Heredia en su soneto “Les Conquerants”, ha hecho el mejor de los “cuadros de la ambición española en el siglo XVI”.

Conviene presentar el juicio que entonces Pereyra, formuló sobre el conquistador español:

“El Conquistador viene a sentar sobre lo ya establecido su dominio; no vive de su industria sino de un tributo; trae leyes o las recibe de la metrópoli. Es agente de un Estado y obra en una esfera política. Pero al Conquistador le ha dicho el Estado: “Si guardas ciertos remilgos de religiosidad, vive del indígena, explótalo como dueño, como amo, como capitalista. No es necesario que trabajes con tus manos ni con tu inteligencia. En cambio en esos países híbridos, en que vas a crear el régimen somnolente de las castas, no deben adelantar porque he rseuelto que no exporten sino metales preciosos”.

Falso era que los conquistadores fuesen portadores de per-



U N P R O V I N C I A N O U N I V E R S A L

misos y encargos de tal naturaleza concedidos por el Estado. Ni el Consejo de Indias, ni los monarcas españoles habían hecho tal pacto con éstos. Por otra parte no existía el propósito preconcebido de estorbar el desenvolvimiento de las nuevas sociedades, el progreso de países recién formados en América.

Luego en el norte de Nueva España la fisonomía de la conquista cambia de aspecto, “allí acaba el encomendero y principia el soldado presidial,² el tipo del conquistador se atenúa, si no desaparece y entra en acción el colono industrial que cultiva su suerte”.

Corren por las llanuras capitanes y soldados, son hombres sin miedo a la justicia. Pero a pesar de todo, surge el tipo del caudillo superior que es “un ambicioso que con su elevación moral y divorciándose de la canalla de que formaba parte, impone su autoridad aunque para ello tenga que pisar los cadáveres de sus cómplices de la víspera. El bandido se hace general, y el general gobernante, y gobernante es el nuevo hombre que se revela en actos de energía y prudencia”. Tal es el caso de un Ibarra. En cuanto a cada soldado anónimo podría decirse que “es el de la capa al hombro hoy, propietario mañana, minero después y por fin hombre de arraigo, carne de fiera y racimo de árbol”.

Los indios del norte de Nueva España casi fueron exterminados. Ahora bien, sobre esta exterminación Pereyra emite juicios contradictorios. Tratándose de una obra inédita precisa transcribir sus puntos de vista:

“Era inútil el empeño de emplear fundentes para reducir a los Chichimecas; pero D. Luis de Velasco no podía ni estaba obligado a saber que el paso del período en que el hombre vive de la captación de productos espontáneos y de la caza y pesca al período agrícola, es una transformación tan dolorosa e inconcebible para el hombre primitivo que no se resigna a ella sino bajo el imperio de una necesidad ineludible. D. Martín Enríquez, más penetrante en esto que D. Luis de Velasco decía al Conde de la Coruña que con los Nómadas del norte, no



P R I M E R O S V U E L O S

había más recurso que exterminarlos a sangre y fuego. Era cosa muy dura reconocer como una verdad la cruda advertencia de Enríquez, y el hijo de aquel padre de la Patria que con osada mano dió libertad a ciento sesenta mil esclavos, el imprudente y bien intencionado gobernante que meditando el bien causó graves males con la reducción de Indios Montaraces a pueblos. . . era más hombre de piedad que de gobierno, para guiarse por la cinica frase de Enríquez que ha informado y dirige aún la política de los gobiernos, coloniales e independientes de México, en sus relaciones con los pueblos bravos.

Sólo por una falta de buen sentido corren como legítimas las censuras contra los ingleses de Norte América, presentando su conducta exterminadora en contraste violento con la política paternal de España. Esta fué tan exterminadora como Inglaterra cuando encontró pueblos hostiles, y aún en casos en que los Ingleses hubieran usado de toda su clemencia, pues fue a veces exterminadora de indios sedentarios y mansos. Los criollos y mestizos que formamos la familia oficial, recibimos directamente o de rechazo, mil agravios de España; pero todo nuestro resentimiento contra ella no nos impide cometer las mismas injusticias que cometía el conquistador con el indígena, sobre todo con el bárbaro e insumiso, que no es casi siempre un irreducible feroz sino un exasperado que con su bravura nativa prefiere la muerte en los montes a la infame flagelación en las haciendas”.

Como treinta cuartillas más adelante así habla:

“ . . . Todos estos infortunados salvajes, tenían dos vínculos de unión, que se manifestaban salvando distancias enormes; el disimulo pérfido, propio del ser que se siente inferior e incapaz de lucha abierta, que era la forma de sus tratados de alianza perpetua y el interés común, que tenía como objeto vivir del español, de sus simientes, mientras estaban en paz en las misiones, y de sus mercancías cuando se lanzaban a asaltar arrieros en los caminos reales. Cuando estaban en condiciones favorables, sometíanse y vivían del maíz que se cosechaba en la reducción; pero el salvaje no puede resignarse



U N P R O V I N C I A N O U N I V E R S A L

al trabajo agrícola e industrial. O muere o se rebela. Esto era lo que hacía”.

El celo excesivo de los frailes y los abusos de la soldadesca los irritaban a veces, de todos modos, su estado moral era el de la violencia contenida, ...huían furtivamente unos, otros asesinaban o robaban, otros se alistaban a las órdenes de un jefe prestigiado... a veces no se rebelaban pero conspiraban; estos conspiradores eran los más temibles y servían de correos entre los que peleaban a mano armada y los que secretamente auxiliaban a sus hermanos... Todo caballo robado, toda arma de fuego o blanca, arrancada de mano de los españoles, muertos por los indios, eran prontamente puestas a buen recaudo en lugar seguro, y más tarde empleadas con centuplicado poder destructor... El comercio de los tejanos y de los franceses en la Luisiana y las depredaciones cometidas al Sur del Bravo, eran dos canales, que enriquecieron el efectivo de armas y caballos con que iban a precipitarse algunos años después los indios más aguerridos, apaches y comanches hechos unos mitológicos centauros, al sumar en sus organismos la infalibilidad y la ferocidad destructora de los instrumentos que la civilización ponía en sus manos”.

Continúa la pormenorizada narración de los choques entre los indios salvajes y los españoles, finalmente dice Pereyra:

*EN UNA GUERRA EXTERMINADORA PERO LEAL
POR PARTE DE LOS ESPAÑOLES.*

Analizando: Si la medida dada por Velasco no era oportuna, ¿entonces podía serlo más tarde? El mismo Pereyra dice en seguida que pasado algún tiempo, después del intento de colonización con tlaxcaltecas, los indios bárbaros guardaban las mismas condiciones de rebeldía y ferocidad. Velasco, “hombre de piedad más que de gobierno había sido un imprudente”, ¿quiere decir entonces que justifica el pensamiento de Enríquez? Ahora bien, “si el paso del período en que el hombre vive de la captación de los productos espontáneos, y de



P R I M E R O S V U E L O S

la caza y la pesca al período agrícola, es una transformación tan dolorosa e inconcebible para el hombre primitivo que no se resigna a ella sino bajo el imperio de una necesidad ineludible”, ¿cómo puede afirmar luego, que “el bárbaro no es siempre un irreductible feroz? Por otra parte cree que aquella guerra de exterminio era “leal por parte de los españoles”. ¿Cómo se resuelven estas antinomias? Yo me explico todo esto, creyendo que ya había entonces en el pensamiento de Pereyra los gérmenes de su futura transformación. Hay todavía titubeos, el sociólogo y el sentimental romántico, se disputan la preeminencia del historiador.